

**EL JUICIO DE  
MIRACLE CREEK**

**ANGIE KIM**

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

MOTUS

**Oxigenación hiperbárica:** también llamada oxigenoterapia hiperbárica; es la administración de oxígeno a una presión atmosférica mayor de la normal. El procedimiento se realiza en cámaras especialmente diseñadas que permiten respirar oxígeno puro en condiciones hiperbáricas, es decir, a presión barométrica o atmosférica tres veces más alta que la normal... Algunos factores que limitan la utilidad de la oxigenación hiperbárica incluyen los riesgos de incendio y descompresión explosiva...

*Diccionario de Medicina Mosby, 2013 (9ª edición).*

## EL INCIDENTE

*Miracle Creek, Estado de Virginia*  
*Martes 26 de agosto de 2008*

MI ESPOSO ME PIDIÓ QUE mintiera. No era una gran mentira. Tal vez él ni siquiera la consideró una mentira; y yo tampoco, al principio. Era algo tan pequeño lo que él quería. La policía acababa de liberar a las manifestantes y él me pidió que, mientras salía a cerciorarse de que no volvieran, me sentara en su silla y lo cubriera, como hacen habitualmente los compañeros de trabajo, como solíamos hacer nosotros también en la tienda de comestibles, mientras yo comía o él fumaba. Pero cuando tomé su lugar, golpeé sin darme cuenta el escritorio, y el certificado que colgaba de la pared se torció un poco, como para recordarme que este no era un negocio habitual, que existía una razón por la que nunca antes me había dejado a cargo.

Pak extendió el brazo por encima de mí para enderezar el marco, con los ojos sobre las palabras en inglés: *Pak Yoo, Miracle Submarine SRL, Técnico Hiperbárico Certificado*. Y dijo, sin apartar la mirada, como si le hablara al certificado y no a mí:

—Está todo en marcha. Los pacientes están dentro y el oxígeno está abierto. Solo tienes que quedarte sentada aquí.  
—Me miró—: Nada más.

Observé los controles, perillas e interruptores misteriosos de la cámara que el mes pasado habíamos pintado de color celeste claro e instalado en el granero.

—¿Y si los pacientes hacen sonar el timbre? —pregunté—. Les diré que vuelves enseguida, pero si...

—No, no pueden enterarse de que me fui. Si alguien pregunta, estoy aquí, y estuve aquí todo el tiempo.

—Pero si hay algún problema...

—¿Qué problema podría haber? —exclamó Pak, con tono imperioso—. Regresaré enseguida y no van a accionar el intercomunicador. No sucederá nada. —Se alejó, como poniéndole fin al asunto. Pero en la puerta se volvió para mirarme—. No sucederá nada —repitió, con voz suave. Sonó como una súplica.

En cuanto se cerró la puerta del granero, sentí deseos de gritar que estaba loco si creía que no iba a haber ningún problema ese día, justamente ese día, en el que ya había sucedido de todo: las manifestantes y su plan de sabotaje, el apagón resultante, la policía. ¿Acaso pensaba que como ya habían ocurrido tantos problemas no podía haber más? La vida no funciona así. Las tragedias no inoculan contra más tragedias y la mala suerte no se reparte en proporciones justas; los problemas nos caen encima en tandas y lotes, inmanejables y caóticos. ¿Cómo podía Pak no saberlo, después de todo lo que habíamos pasado?

Desde las 20:02 hasta las 20:14 me quedé sentada en silencio, sin hacer nada, como él me había pedido. Tenía la cara húmeda de sudor; y al pensar en los seis pacientes encerrados herméticamente adentro sin aire acondicionado (el generador manejaba solamente los sistemas de presurización, oxígeno e intercomunicación) agradecí que tuviéramos el reproductor portátil de DVD para mantener tranquilos a los niños. Me dije una y otra vez que tenía que confiar en mi esposo y esperé, mirando el reloj, la puerta, el reloj de nuevo, rogando

que volviera (*¡tenía* que volver!) antes de que el DVD del dinosaurio Barney terminara y los pacientes tocaran el timbre del intercomunicador para pedir otro. Justo cuando comenzaba la canción final del programa sonó mi teléfono. Era Pak.

—Están aquí —susurró—. Tengo que quedarme a vigilar que no vuelvan a intentar nada. Cuando termine la sesión, tienes que cerrar el oxígeno. ¿Ves la perilla?

—Sí, pero...

—Gírala en dirección contraria a las agujas del reloj, hasta el final. Ponte la alarma para no olvidarte. A las 20:20 en punto del reloj grande. —Cortó.

Toqué la perilla que decía oxígeno, de un color bronce desteñido similar al del grifo chirriante de nuestro antiguo apartamento en Seúl. Me sorprendió lo fría que estaba. Sincronicé mi reloj con el grande, puse la alarma a las 20:20 y justo cuando estaba por oprimir el botón para activarla, el reproductor se quedó sin baterías y dejé caer las manos, sobresaltada.

Pienso mucho en ese momento. Las muertes, la parálisis, el juicio... ¿Podría haberse evitado todo eso si hubiera oprimido el botón para fijar la alarma? Sé que es extraño cómo mi mente vuelve una y otra vez a ese instante en particular, cuando aquella noche fui culpable de errores mucho más serios. Tal vez sea precisamente su pequeñez, su aparente insignificancia, lo que le da tanto poder y alimenta las dudas y las preguntas. ¿Y si no me hubiera distraído con el reproductor de DVD? ¿Y si hubiera movido el dedo un microsegundo antes, fijando la alarma ANTES de que se apagara el reproductor, justo en la mitad de la canción? *Te quiero yo, y tú a mí, somos una familia...*

El vacío de ese momento, la categórica ausencia de sonido, densa y opresiva, me comprimió desde todos los ángulos, aplastándome. Cuando finalmente llegó un sonido —el golpeo de nudillos contra el ojo de buey desde el interior de la

cámara— casi sentí alivio. Pero el golpeteo se intensificó hasta convertirse en golpes de puño en secuencias de cuatro, como gritando: *¡Quie-ro sa-lir!* en código, luego en golpes potentes. Comprendí que tenía que ser TJ golpeándose la cabeza. TJ, el niño autista que adora a Barney el dinosaurio violeta, el niño que corrió hacia mí la primera vez que nos vimos y me abrazó con fuerza. Su madre se sorprendió, dijo que nunca abrazaba a nadie (detesta tocar a la gente); tal vez fue por mi camiseta, del mismo color violeta que Barney. Desde aquel día la usé siempre: la lavo a mano por las noches, me la pongo para las sesiones de TJ y él me abraza todos los días. Todos piensan que lo hago para ser amable, pero en realidad lo hago por mí, porque adoro la manera en que me rodea con los brazos y me aprieta, como solía hacer mi hija, antes de comenzar a dejar los brazos inmóviles y apartarse de mí cuando la abrazo. Me encanta besarle la cabeza a TJ y que su cepillo de pelo rojizo me haga cosquillas en los labios. Y ahora, el niño cuyos abrazos saboreo a diario se estaba golpeando la cabeza contra una pared de acero.

No estaba loco. Su madre me había explicado que TJ sufría de dolor crónico causado por inflamación intestinal, pero no podía hablar, de modo que cuando el dolor se tornaba demasiado intenso, hacía lo único que podía hacer para obtener alivio: se golpeaba la cabeza y utilizaba ese dolor nuevo e intenso para desalojar al otro. Era como sentir una picazón insostenible y rascarse hasta sangrar; qué bien se siente ese dolor, excepto que es mil veces peor que el anterior. Me contó que una vez TJ rompió el cristal de una ventana con la cara. La idea de que este niño de ocho años tuviera tanto dolor que necesitaba estrellar la cabeza contra una pared de acero me atormentaba.

Y el ruido de ese dolor... Los golpes, una y otra vez. La persistencia, el aumento de intensidad. Cada golpe desataba vibraciones que reverberaban y se convertían en algo

corpóreo, con forma y masa, que viajaba a través de mí. Lo sentía resonar contra mi piel, sacudirme las entrañas y exigir que mi corazón latiera a su ritmo, más rápido, más fuerte.

Tenía que detenerlo. Esa es mi excusa por haber salido corriendo del granero y haber dejado a seis personas atrapadas en una cámara sellada. Quería despresurizarla y abrirla para sacar de allí a TJ, pero no sabía cómo hacerlo. Además, cuando sonó el intercomunicador, la madre de TJ me suplicó (o mejor dicho, a Pak) que no detuviera la sesión, que ella lo calmaría, pero que por favor, por el amor de Dios, le cambiara las baterías al reproductor y continuara con el DVD de *Barney...* ¡ya mismo! En algún lugar de nuestra casa, al lado del granero, a veinte segundos de carrera, había baterías de repuesto y todavía me quedaban cinco minutos antes de apagar el oxígeno. Así que me fui. Me cubrí la boca para distorsionar la voz y dije con la voz grave y el acento marcado de Pak: “Las cambiaremos. Aguarde unos instantes”. Y salí corriendo.

La puerta de casa estaba entreabierta y tuve la esperanza de que Mary estuviera allí, limpiando como le había pedido y de que algo, por fin, saliera bien en ese día. Pero entré y ella no estaba. No había nadie, no tenía idea de dónde estaban las baterías y nadie me iba a ayudar. Era lo que había supuesto desde el principio, pero esos segundos de esperanza me habían impulsado la ilusión hasta el cielo para después dejarla estrellarse. Mantén la calma, me dije y comencé la búsqueda en el armario de acero que utilizábamos para guardar cosas. Abrigos. Manuales. Cables. No había baterías. Cerré la puerta con fuerza y el armario se sacudió; el temblor metálico me pareció un eco de los golpes de TJ. Imaginé su cabeza martillando el acero, abriéndose como una sandía madura.

Sacudí la cabeza para expulsar ese pensamiento.

—¡Mei-ya! —grité el nombre coreano de Mary, que ella detestaba. Silencio. Sabía que no obtendría respuesta, pero me fastidié igual—. ¡Mei-ya! —volví a gritar más fuerte, estirando

las sílabas para que me rasparan la garganta. Necesitaba sentir dolor para poder acallar los ecos tétricos de los golpes de TJ que retumbaban en mis oídos.

Busqué por toda la casa, caja por caja. Cada segundo que pasaba sin que encontrara las baterías, me enojaba más. Pensé en nuestra pelea de esa mañana, cuando le había dicho que tenía que ayudar más en la casa —¡tenía diecisiete años!— y ella se había marchado sin pronunciar palabra. Pensé en cómo Pak se había puesto de su lado, como siempre. (“No renunciamos a todo y vinimos a los Estados Unidos solo para que cocine y limpie”, dice siempre. “No, ese es mi trabajo”, quiero responder. Pero nunca lo hago). Pensé en cómo Mary revolea los ojos con gesto irritado, cómo se tapa las orejas con los auriculares y finge no escucharme. Todo me servía para mantener la indignación activada, ocupar la mente y alejar los golpes de cabeza de TJ. La rabia contra mi hija me resultaba conocida y cómoda, como una vieja manta. Calmaba el pánico y lo convertía en un temor sin filo.

Cuando llegué a la caja que estaba en el rincón donde dormía Mary, abrí la tapa y arrojé todo al suelo. Basura adolescente: boletos rotos de películas que yo nunca había visto, fotografías de amigas a las que yo no conocía, notas manuscritas. La que estaba encima de todo decía: *Te estuve esperando. ¿Mañana, quizá?*

Sentí deseos de gritar. ¿Dónde estaban las baterías? (Y en algún sitio de mi mente: ¿Quién había escrito esa nota? ¿Un chico? ¿Esperándola para qué?) En ese instante sonó el teléfono —era Pak, de nuevo— y vi 20:22 en la pantalla y recordé: la alarma que no había activado. El oxígeno.

Al responder, quise explicar que no había apagado el oxígeno pero que lo haría en unos minutos, que no era un problema porque él a veces lo dejaba correr más de una hora, ¿no? Pero mis palabras salieron de un modo diferente, como una catarata de vómito incontrolable:

—Mary no está —me quejé—. Hacemos todo esto por ella y nunca está. La necesito para que me ayude a encontrar baterías nuevas para el DVD antes de que TJ se haga estallar la cabeza a golpes.

—Siempre te imaginas lo peor de ella. Está aquí, ayudándome —respondió Pak—. Y las baterías están debajo del fregadero de la cocina, pero no dejes solos a los pacientes. Enviaré a Mary a buscarlas. Mary, ve ahora mismo, lleva cuatro baterías al granero. Yo iré en un minu...

Corté. A veces es mejor no decir nada.

Corrí al fregadero de la cocina. Las baterías estaban allí como él había dicho, en una bolsa que yo había confundido con residuos, debajo de guantes de trabajo sucios de tierra y hollín. Ayer mismo estaban limpios. ¿Qué había estado haciendo Pak?

Sacudí la cabeza. Tenía que regresar rápido con TJ.

Cuando corrí afuera, un olor desconocido en el aire —como madera húmeda quemada— me invadió la nariz. Oscurecía y no se veía bien, pero a la distancia reconocí a Pak, corriendo hacia el galpón.

Mary iba delante de él, a toda velocidad.

—¡Mary, ya está, encontré las baterías! —grité, pero ella siguió corriendo, no en dirección a la casa, sino hacia el granero—. ¡Mary, detente! —volví a gritar, pero ella siguió corriendo y pasó delante de la puerta del granero en dirección a la parte trasera. No sé por qué, pero me asustó verla ahí, y grité de nuevo, esta vez su nombre en coreano, más suave—: ¡Mei-ya! —Corrí hacia ella. Mary se volvió. Algo en su rostro me detuvo; parecía brillar, de algún modo. Una luz anaranjada le iluminaba la piel y resplandecía, como si estuviera delante del sol poniente. Sentí deseos de acariciarle el rostro y decirle: “Eres hermosa”.

Oí un ruido desde la dirección en que iba ella. Como un crujido, pero más apagado, como si una bandada de gansos levantara vuelo de pronto, cientos de aleteos al mismo tiempo

para elevarse al cielo. Me pareció verlos, una cortina gris recortando el viento y elevándose cada vez más hacia el cielo violáceo, pero parpadeé, y el cielo estaba vacío. Corrí hacia el sonido y entonces lo vi. Vi lo que había visto Mary, lo que la había hecho correr hacia allí a toda velocidad.

Llamas.

Fuego.

La pared trasera del granero... en llamas.

No sé por qué no corrí ni grité. Mary tampoco lo hizo. Yo quise correr, pero solo pude caminar despacio, con cuidado, de a un paso por vez en esa dirección, con los ojos fijos en las llamas anaranjadas y rojas que revoloteaban, saltaban y cambiaban de lugar como compañeros de baile en plena danza.

Cuando sonó la explosión, se me doblaron las rodillas y caí. Pero en ningún momento le quité los ojos de encima a mi hija. Todas las noches, cuando apago la luz y cierro los ojos para dormir, la veo, veo a mi Mei en ese momento. Su cuerpo se eleva y se arquea por el aire como el de una muñeca de trapo. Con gracia. Con delicadeza. Justo antes de que aterrice en el suelo con un golpe suave, veo cómo le rebota la cola de caballo. Como lo hacía cuando era niñita y saltaba a la cuerda.

**UN AÑO DESPUÉS  
EL JUICIO: PRIMER DÍA**

*Lunes 17 de agosto de 2009*



## YOUNG YOO

MIENTRAS ENTRABA EN LA SALA del tribunal, se sintió como una novia. Por cierto, su boda había sido la última vez —y la única— en que toda la gente de un lugar hacía silencio y volteaba para mirarla mientras caminaba por el pasillo. De no haber sido por la variedad de colores de cabello y los susurros en inglés (“Mira, los dueños”; “La hija estuvo en coma durante meses, pobrecita”; “Él quedó paralítico, qué tremendo”), podría haber pensado que seguía estando en Corea.

La sala del tribunal era pequeña y se parecía a una iglesia antigua, con bancos de madera que crujía a ambos lados del pasillo. Mantuvo la cabeza gacha, al igual que había hecho veinte años antes en su boda; no solía ser el centro de atención, le resultaba desagradable. Ser modesta, no sobresalir, ser invisible: esas eran las virtudes de las esposas, no la notoriedad ni la estridencia. ¿No era acaso ese el motivo por el que las novias llevaban velo, para protegerse de las miradas, para atenuar el rubor de sus mejillas? Miró hacia los lados. A la derecha, detrás del fiscal, vio rostros conocidos, los familiares de los pacientes.

Los pacientes se habían reunido solamente una vez: en julio del 2008, para la sesión informativa afuera del granero.

Su esposo había abierto las puertas para mostrarles la cámara azul recién pintada.

—Esto —había dicho Pak, con expresión orgullosa—, es Miracle Submarine. Oxígeno puro. Alta presión. ¡A recuperarse, juntos! —Todos aplaudieron. Las madres lloraron.

Y ahora, aquí estaban las mismas personas, serias, sombrías. La esperanza del milagro se había evaporado de sus rostros y fue reemplazada por la curiosidad de los que compran publicaciones sensacionalistas en el supermercado. Y también por lástima... si era por ella o por sí mismos, no lo sabía. Había esperado ver ira, pero sonrieron al verla pasar y tuvo que recordarse que aquí ella era la víctima. No era la acusada, a la que culpaban por la explosión que había matado a dos pacientes. Se repitió lo que Pak le decía todos los días —que la ausencia de ambos en el galpón aquella noche no había causado el fuego y que él no habría podido evitar la explosión ni siquiera si se hubiera quedado con los pacientes— y trató de devolverles la sonrisa. Sabía que era bueno que la apoyaran. Pero sentía que no lo merecía, que estaba mal, que era como un premio ganado haciendo trampa, y en lugar de levantarle el ánimo, la cargaba con el peso de que Dios vería la injusticia y la corregiría, le haría pagar por las mentiras de alguna otra manera.

Cuando Young llegó a la barandilla de madera, reprimió el impulso de saltarla y sentarse en la mesa de la acusada. Se ubicó con su familia detrás del fiscal, junto a Matt y a Teresa, dos de los que habían quedado atrapados dentro de la cámara aquella noche. Hacía mucho que no los veía, desde el hospital. Ninguno la saludó; mantuvieron la mirada baja. Ellos eran las víctimas.

\*

El tribunal estaba en Pineburg, la ciudad vecina a Miracle Creek. Cosa extraña, los nombres; todo lo contrario de lo que

uno esperaría. Miracle Creek no parecía ser un sitio donde ocurrieran milagros, a menos que se considerara un milagro que la gente viviese ahí durante años sin enloquecer de aburrimiento. El nombre “Miracle” y sus posibilidades de marketing (además del precio bajo de las propiedades) los había atraído allí a pesar de que no había una comunidad asiática; inmigrantes tampoco, en realidad. Quedaba a una hora de la ciudad de Washington, y era fácil llegar en coche desde concentraciones densas de modernidad como el aeropuerto de Dulles, pero daba la sensación de ser un pueblo aislado de la civilización, en un mundo completamente diferente. Había senderos de tierra en lugar de aceras de hormigón. Vacas en lugar de automóviles. Graneros de madera decrepitos, no rascacielos de acero y vidrio. Era como entrar en una película en blanco y negro. El pueblo daba la impresión de haber sido utilizado y descartado; la primera vez que Young lo vio, sintió el impulso de tomar toda la basura que tenía en los bolsillos y arrojarla bien lejos.

Pineburg, a pesar del nombre insípido y la proximidad con Miracle Creek, era encantadora; sobre las calles angostas y empedradas había tiendas de estilo chalet, pintadas de colores brillantes. Las de la calle principal le recordaban su mercado favorito en Seúl, con las famosas hileras de productos frescos: espinaca verde, pimientos rojos, cebollas moradas, caquis anaranjados. Por la descripción, podía parecer estridente, pero era lo opuesto, como si colocar los colores fuertes uno al lado de otro los apagara, dejando una impresión de belleza y elegancia.

El tribunal estaba en la base de una colina, rodeado de viñas plantadas en hileras rectas sobre las laderas. La precisión geométrica brindaba una calma mesurada; resultaba apropiado que el edificio de la justicia estuviera en el medio de hileras ordenadas de viñas.

Esa mañana, mientras contemplaba el tribunal, con sus columnas blancas altas, Young pensó que era lo que más se

acercaba a los Estados Unidos que había imaginado. En Corea, después de que Pak decidió que ella debía mudarse a Baltimore con Mary, había ido a librerías y buscado imágenes de Estados Unidos: el Capitolio, los rascacielos de Manhattan, el centro turístico de Inner Harbor en Maryland. En los cinco años que llevaba en el país, no había visto ninguna de esas cosas. Los primeros cuatro años había trabajado en una tienda de almacén a cinco kilómetros de Inner Harbor, pero en un vecindario al que llamaban el “gueto”, lleno de casas cerradas con tablonces de madera y botellas rotas por todos lados. Una pequeña bóveda de vidrio blindado: eso había sido Estados Unidos para ella.

Era curioso lo desesperada que había estado por escapar de ese mundo descarnado y, sin embargo, ahora lo echaba de menos. Miracle Creek era insular, con residentes de muchos años, que según decían ellos mismos, estaban allí desde hacía generaciones. Pensó que tal vez fueran lentos para abrirse, de modo que se concentró en entablar amistad con una familia vecina que le había parecido especialmente agradable. Pero con el tiempo comprendió que no eran agradables, sino amablemente antipáticos. Young los conocía muy bien. Su propia madre había pertenecido a esa clase de gente que utiliza los buenos modales para tapar su antipatía, igual que otros usan perfume para disimular el mal olor: cuanto peor huelen, más perfume se ponen. Esos buenos modales tan tiesos —la perpetua sonrisita de labios cerrados de la esposa, el “señora” que colocaba el esposo al comienzo o al final de cada oración— mantenían a Young a distancia y reforzaban su condición de desconocida. Si bien sus clientes más frecuentes en Baltimore habían sido malhumorados, groseros y protestones, y se quejaban de todo, desde los precios demasiado altos a los refrescos calientes y las rebanadas de fiambres demasiado finas, había sinceridad en su ordinariez, una especie de intimidad cómoda en sus gritos. Como sucede entre hermanos. Nada que disimular.

Cuando Pak se reunió con ellas en Estados Unidos el año anterior, se pusieron a buscar vivienda en Annandale, la zona coreana de la ciudad de Washington, a una distancia lógica en coche de Miracle Creek. El incendio había terminado con todo eso y seguían en su alojamiento “temporario”. Una casucha desvencijada en un pueblo desvencijado, lejos de todo lo que había visto en los libros. Hasta el día de hoy, el lugar más elegante de Estados Unidos donde había estado Young había sido el hospital en el que Pak y Mary estuvieron internados durante meses después de la explosión.

\*

Había mucho ruido en la sala del tribunal. No era la gente —víctimas, abogados, periodistas y vaya uno a saber quién más— la que lo causaba, sino dos antiguos aparatos de aire acondicionado en las ventanas detrás del juez. Chisporroteaban como cortadoras de césped cada vez que se encendían y apagaban, y como no estaban sincronizados, esto sucedía de manera intercalada: primero uno, luego el otro, luego el primero otra vez; como un llamado de apareamiento de extrañas bestias mecánicas. Cuando enfriaban, zumbaban y traqueteaban en tonos diferentes, lo que hacía que a Young le picaran los oídos. Sentía el deseo de introducirse el dedo meñique en el oído, llegar al cerebro y rascarlo.

La placa del vestíbulo decía que el tribunal era un sitio histórico de 250 años de antigüedad y solicitaba donaciones para la Sociedad de Preservación del Tribunal de Pineburg. Young no podía creer que existiera un grupo cuyo único propósito era evitar que este edificio se tornara moderno. Los estadounidenses se enorgullecían tanto de que las cosas tuvieran una antigüedad de doscientos años, como si ser antiguo fuera un valor en sí mismo. (Desde luego, esta filosofía no se aplicaba a las personas). No parecían darse cuenta de que el mundo

valoraba a Estados Unidos justamente porque no era un país antiguo, sino moderno y nuevo. Los coreanos eran todo lo contrario. En Seúl existiría una Sociedad de Modernización dedicada a reemplazar los pisos y las mesas de madera “antiguos” de este tribunal por la elegancia del mármol y el acero.

—Todos de pie. Entra en sesión el Tribunal Penal del Condado de Skyline, presidido por el honorable juez Frederick Carleton III —anunció el oficial, y todos se pusieron de pie.

Menos Pak. Sus manos aferraron los apoyabrazos de la silla de ruedas; las venas verdosas de las manos y las muñecas sobresalían, como ordenándoles a los brazos que cargaran con el peso de su cuerpo. Young se movió para ayudarlo, pero se contuvo, sabiendo que para él sería peor necesitar ayuda para algo tan básico como ponerse de pie que directamente no hacerlo. Pak se preocupaba demasiado por las apariencias, y por cumplir con las normas y las reglas... las prototípicas cosas coreanas que a ella nunca le habían importado (porque el patrimonio de su familia le permitía el lujo de poder ser inmune a ellas, diría Pak). De todos modos, Young comprendía la frustración que sentía él por ser la única persona sentada en la multitud. Eso lo hacía vulnerable, como un niño, y ella tuvo que contener el impulso de protegerle el cuerpo con las manos y ocultar su vergüenza.

—Orden en la sala, por favor. Caso número 49621, el Estado de Virginia contra Elizabeth Ward —dijo el juez, y golpeó el martillo. Como si fuera parte del plan, los dos aires acondicionados estaban apagados, por lo que el ruido del martillo contra la madera resonó en el techo a dos aguas y permaneció en el silencio.

Ya era oficial: la acusada era Elizabeth. Young sintió un estremecimiento dentro del pecho, como si una célula inactiva de alivio y esperanza hubiera estallado y estuviera esparciendo chispas de electricidad por su cuerpo, destruyendo el miedo que se había apoderado de su vida. Aunque había pasado casi

un año desde que Pak quedó libre de sospechas y arrestaron a Elizabeth, Young se había negado a creerlo del todo, y se había preguntado todo el tiempo si no sería un truco, una trampa; si hoy, en el comienzo del juicio, no anunciarían que ella y Pak eran los verdaderos acusados. Pero ahora la espera había terminado, y después de varios días en los que se presentarían pruebas —“pruebas contundentes”, dijo el fiscal— Elizabeth sería declarada culpable y ellos podrían cobrar el dinero del seguro y reconstruir sus vidas. Basta de vivir en suspenso.

Los miembros del jurado entraron en hilera. Young miró a esas doce personas —siete hombres y cinco mujeres— partidarios de la pena de muerte, que habían jurado estar dispuestos a votar por la inyección letal. Ella se había enterado de eso la semana anterior. El fiscal había estado de muy buen humor, y cuando ella preguntó por qué, le explicó que los posibles jurados que más probabilidades tenían de mostrarse compasivos con Elizabeth habían sido desechados porque estaban en contra de la pena de muerte.

—¿Pena de muerte? ¿Como la horca, por ejemplo? —preguntó ella.

Su preocupación y espanto debieron de ser visibles, porque a Abe se le borró la sonrisa:

—No, por inyección; drogas endovenosas. Es indolora.

Él le explicó que no necesariamente la condenarían a muerte, que era solo una posibilidad; pero de todos modos Young temía ver a Elizabeth, seguramente con expresión aterrada, enfrentando a las personas que tenían el poder de poner fin a su vida.

Hizo un esfuerzo y miró a Elizabeth sentada en la mesa de la defensa. Parecía una abogada, con el cabello rubio retorcido en un rodete, traje verde oscuro, collar de perlas y tacones altos. Young casi no la había reconocido, estaba tan distinta de antes, cuando usaba cola de caballo, equipo deportivo arrugado y calcetines de pares diferentes.

Qué ironía: de todos los padres de los pacientes, Elizabeth había sido la más desaliñada, pero la que tenía al hijo más manejable. Henry, su único hijo, había sido un niño bien educado que, a diferencia de muchos otros pacientes, podía caminar, hablar, controlaba esfínteres y no hacía berrinches. Durante la sesión informativa, cuando la madre de los mellizos con autismo y epilepsia le había preguntado a Elizabeth: “Perdón, pero ¿por qué traes a Henry? Se lo ve tan normal”, ella había fruncido el entrecejo, como ofendida. Recitó una lista: trastornos obsesivo-compulsivos, déficit de atención con hiperactividad, trastornos de procesamiento sensorial y autismo, trastornos de ansiedad; y luego comentó lo difícil que era pasarse los días investigando sobre tratamientos experimentales. Parecía no darse cuenta de lo quejosa que sonaba rodeada de niños en sillas de rueda y con sondas alimenticias.

El juez Carleton le indicó a Elizabeth que se pusiera de pie. Young supuso que ella se echaría a llorar mientras él leía las acusaciones, o al menos se ruborizaría y bajaría la vista. Pero Elizabeth miró al jurado de frente, pálida, sin parpadear. Young estudió su rostro impávido, vacío de expresión y se preguntó si estaría aturdida o en estado de shock. Pero Elizabeth no parecía desconectada, sino serena. Casi feliz. Tal vez Young estaba tan acostumbrada a verla con el ceño fruncido y expresión preocupada, que la ausencia de eso hacía que pareciera contenta.

O quizás los periódicos tuvieran razón. Tal vez Elizabeth había estado tan desesperada para deshacerse de su hijo, y ahora que estaba muerto, finalmente tenía un poco de paz. Quizás había sido un monstruo desde el principio.